

I DOMINGO CUARESMA - C

Evangelio de la Misa: Lc 4,1-13

Tentaciones humanas

Comienza la Cuaresma, y como todos los años, se inicia contemplando a Cristo en oración y penitencia por el desierto, y así preparándose para los inmediatos días de predicación pública por los pueblos y aldeas de Palestina.

También se presenta Cristo tentado por el demonio, pero destacando su actitud valiente y decidida en el rechazo de las tentaciones, por cierto muy bien escogidas como paradigma de las principales tentaciones que sentimos los hombres de todos los tiempos, también ahora: la soberbia, la avaricia y la sensualidad.

En primer lugar, quiero presentarte, Señor, mis mejores propósitos para esta Cuaresma: profundizar en mi conversión cristiana rezando más, leyendo y meditando tu Palabra escrita en la Biblia, confesándome con frecuencia,

comulgando cada día, y practicando la caridad con personas concretas.

¡Hay tantos necesitados: enfermos y pobres,

víctimas de los pecados humanos y de las catástrofes naturales!

En ellos escucho tu voz, que me habla, y siento tu mano que me pide más piedad, más santidad, más generosidad, más austeridad y penitencia.

Ayúdame, Señor, a vivir este tiempo de gracia, que es la Cuaresma, con el espíritu que la Iglesia, nuestra Santa Madre, nos propone, y que con humildad y valentía te escuche en la oración y te responda en la vida diaria de trabajo, convivencia, apostolado, penitencia y caridad.

¡Qué gran lección me das con las tentaciones, que permitiste al demonio!

En primer lugar con tu actitud valiente y sincera, radical y optimista, me adviertes lo que yo tengo que hacer, si quiero vivir en paz y feliz, y si deseo crecer en santidad y eficacia apostólica.

¡Al enemigo ninguna concesión! (¡Ni agua!, decimos vulgarmente).

Quiero hacer míos siempre estos consejos: "Vuelve la espalda al infame cuando susurre en tus oídos ¿para qué complicarte la vida?". (Cam. 6); y aquellas otras del mismo autor: "No tengas la cobardía de sentirte 'valiente': ¡huye!". (Cam. 132).

Por otra parte, Señor, me abres un maravilloso libro de antropología y moral.

Me enseñas cuáles son las principales pasiones humanas, sobre las que tengo que estar advertido para encauzarlas bien y no caer en las redes de su tiranía, y por tanto del vicio y del pecado.

Ciertamente la sensualidad humana me arrastra a la impureza, al placer corporal desbordado. También la soberbia me invita muchas veces a adorarme a mi mismo, o al "becerro de oro", en vez de a Ti; la avaricia me lleva a pensar solo en mí y a olvidarme, o a despreciar a los demás.

Que aproveche tus palabras para rechazar yo también al demonio cuando me tienta.

Padre Segismundo Fernandez Rodríguez